

sobre el "uso" del matrimonio

por el doctor Ortega

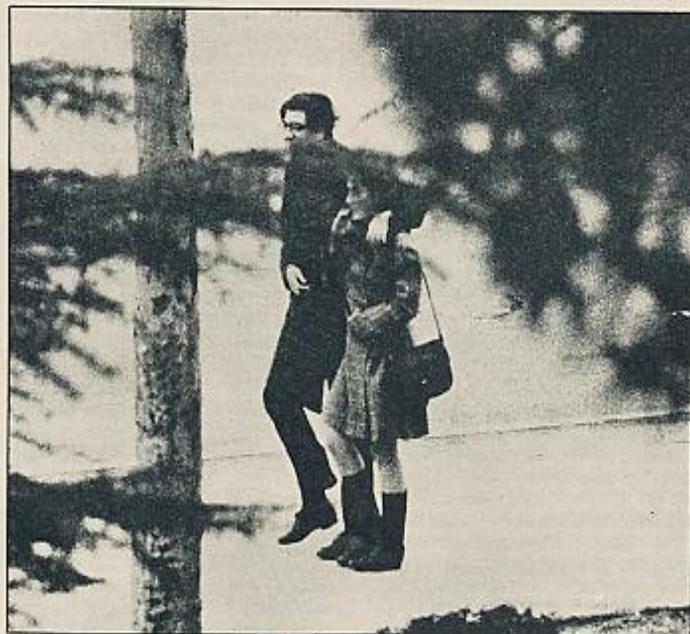
La educación sexual ha tenido una primera consecuencia estimable. Cualquier persona medianamente culta conoce hoy con detalle la vida sexual de las fanerógamas, de la «mantis religiosa» y de los indios arapesh. Sigue ignorando casi todo sobre sí mismo y su pareja, pero a pocas inquietudes intelectuales que haya tenido, sus conocimientos de la biología comparada habrán alcanzado un nivel altamente notable. Ni siquiera los médicos y los sacerdotes reciben una preparación especial y exhaustiva todavía sobre estas cuestiones, aunque se parta de la base de que en sus respectivos quehaceres casi todas las personas que se les acerquen van a llevar la pretensión de resolver con ellos, directamente y por el diálogo, algunos de los muchos problemas que les plantee su ignorancia o su insatisfacción. El nivel de conocimientos médicos, en general, no pasa de las consabidas nociones anatómicas y fisiológicas, lo que resulta poco más o menos tan inoperante como la biología comparada, nivel que en los sacerdotes se trata de ampliar con las observaciones de santos medievales y de San Agustín.

El tema es, naturalmente, difícilmente abordable. La gente prefiere referirse a él utilizando una metonimia: el «uso del matrimonio». El matrimonio es, pues, para la gente, y de puertas adentro, algo que se «usa». Dejemos a un lado los comentarios sobre la doble acepción del término, de función y de desgaste, porque nos alejaría del tema. Pero para que lleguemos a un entendimiento medianamente aceptable, conviene centrar el problema. Ocorre que la sexualidad es un desarrollo en varias fases. La primera fase comienza a partir del nacimiento y dura de seis meses a un año. Es la fase oralcanibalística: oral, porque se concentra en los labios, en la boca, la máxima capacidad de satisfacción, y canibalística porque la meta de esa localización es morder y deglutir. El niño vive fundido en el medio ambiente, del que sólo emerge, confusamente, la madre. Establece relaciones con ella, se comunica con ella y va recono-

ciendo sus rasgos, su voz, su contacto. Es un comienzo de individualización que se centra, sobre todo, en la zona de los ojos de la madre. De ambos ojos: un niño desconoce a la madre si se le presenta de perfil. De esta fase persistirán, para el resto de la vida algunas cosas importantes, como el beso, o la necesidad de abarcar los dos ojos del interlocutor en el diálogo y la mirada como mecanismo de comunicación fundamental en el comienzo del amor o de cualquier tipo de relación con los demás. La segunda fase dura doble tiempo en su desarrollo, de uno a tres años, y se llama fase anal-sádica. El interés se desplaza de la alimentación a la defecación, de la absorción a la destrucción, del amor al odio, de la simbiosis a la dominación. Como al final de la primera fase se había ido destacando el Yo —la oscura conciencia de sí mismo—, se van perfilando los demás, por lo tanto, como los Otros, destacando de los objetos del contor-

no. Lo que el niño pretenderá en seguida es dominarlos. Por ejemplo, él se da cuenta de que mediante el control de la defecación puede castigar a la madre si no está siempre con él o no viene cuando él quiere. Las resonancias que esta fase tenga en la vida ulterior son, como se comprende a poco que se medite en ello, amplias y muy variadas, desde la tendencia a expresar con palabras que hagan referencia a los excrementos cualquier frustración, a todo el complejo mecanismo de dominación de los demás, con sus múltiples y espectaculares consecuencias. Luego, de los tres a los cinco años, hay una fase de amor activo —amor sin genitalidad—, en la que ocurre el tan comentado complejo de Edipo, y después de esta fase y de un tiempo de latencia variable, hacia los doce o catorce años, estalla la genitalidad definitiva, que durará hasta el ocaso sexual. La meta de esta fase es el acto sexual, y hay un desplazamiento

Eso es el amor: la capacidad de desprendernos de nuestro caparazón consciente, de nuestro yoísmo, y salvarnos de nuestra soledad mediante la entrega al Otro.



del interés amoroso desde los padres a los compañeros —al próximo, al prójimo— y de los compañeros al amor heterosexual.

Merecen tenerse en cuenta estas fases para comprender mejor todo el problema de la sexualidad. Cuando en el transcurso de la vida se encuentra el hombre con obstáculos interpuestos entre el deseo y su consecución, dicho en términos generales, tiende a volver atrás, regresa, y entonces se hacen patentes pautas de comportamiento primario, infantil, y si por razones más o menos complejas se detiene el desarrollo normal, se fija en un determinado tipo de reacción o de conducta, sin progresar. La meta es la madurez, pero la madurez, como la perfección, como todo lo idealizable, no es una meta real: es un camino.

El hallazgo del «sí mismo», del Yo-soy-yo, coincide con el descubrimiento del propio cuerpo como fuente de placer. Este hallazgo aboca en la autosatisfacción. La masturbación —aunque incompleta, sólo esbozada— aparece ya rudimentariamente en los niños pequeños, y después del período de latencia será el primer fenómeno sexual, vigil, consciente, del adulto. Fenómeno pasajero, ya que si todo transcurre con normalidad, el individuo tiende a volcarse hacia fuera, a salir de sí huyendo del vacío de su soledad interior, y encuentra al Otro Yo y su Cuerpo, lo que le conduce al intercambio heterosexual. La persistencia de la autosatisfacción revela, pues, en principio, un trastorno más o menos profundo de la personalidad. Hasta qué punto pueda achacarse esto a las condiciones ambientales cuando no son extremas, como en el aislamiento total del individuo, o culturales, educativas o socioeconómicas, o a fallos internos digamos que de la naturaleza humana, para ser poco explícitos, es lo que se discute. Para el celibero medio, la autosatisfacción es generalmente el único camino abierto para ponerse en paz con su sexo, excluido el matrimonio.

La homosexualidad es el efecto de una fijación o de una regresión. La relación homosexual, completa o esbozada, sublimada o no, puede ocurrir con naturalidad en el período de latencia, justamente al comienzo de la vida sexual adulta. Por su relación temporal y por su carácter dual está más próxima de la relación heterosexual que la autosatisfacción. La favorecen algunas circunstancias ambientales, como la promiscuidad unisexual con ausencia del otro sexo, pero así como la masturbación es más compulsiva, la homosexualidad se monta siempre sobre una cierta oposición al grupo, con una malévol insolencia voluntariamente exhibida, y en el fondo revela

un cierto temor al otro sexo, percibido oscuramente como destructor.

Teóricamente, la heterosexualidad monógama debía de ser la solución natural y socialmente estimable, excluida, claro está, la sublimación. Una mujer a la que pregunté si encontraba alguna satisfacción en el «uso del matrimonio», me contestó que ella no era viciosa. Era una mujer mayor, de otro tiempo. Estaba bien condicionada para reprimir la más pequeña sensación corporal placentera. El problema del orgasmo es el siguiente: en el hombre es inseparable de la fecundación, pero en la mujer es indiferente de ella. Es decir: el placer es un sobreañadido, un lujo, o, lo que es lo mismo, etimológicamente hablando, un vicio, algo que no es necesario, sin más implicaciones morales. Incluso así, considerado el orgasmo de la mujer como no necesario, la cosa sigue teniendo un cierto cariz de haber sido condicionada por el varón y en su propio beneficio. Pero es curioso que siendo la mujer, en la pareja, la que más está volcada hacia la fecundación —por su organismo, por su estructura anímica—, no se haya caído en la cuenta de que el placer sexual quedaba desprovisto así de su función garantizante de la pervivencia de la especie. Realmente, el hombre no se cuida lo suficiente de su tendencia a atribuir una lógica —su lógica— a todo lo que se mueve en el mundo. Como si su lógica fuera permanente, definitiva, y no estuviera en continua evolución. El ideal sería, con respecto al orgasmo, exactamente lo contrario de lo que ocurre: teniendo en cuenta la psicología del varón medio, el ideal es que fuera fecundante a voluntad, y teniendo en cuenta lo que espera la mujer fecundada, el ideal sería que tuviera garantizado el placer, al menos como una mínima compensación. Pero, claro, la mujer no necesita «esa» compensación. Las cosas van por otro camino. La mujer acepta con el amor un «quantum» de dolor sólo por asumir al hombre y recrear en su seno un síntesis de dos: al hijo. También hay razones para que, en todo caso, si el orgasmo natural de la mujer fuera algo no estrechamente unido a la fecundación —cualidad que no se habría perdido—, pero sí completamente casi obligado de ella, con el transcurso del tiempo y la ayuda de algunos determinantes socioeconómicos se convirtiera en algo mítico. La mujer se somete en el matrimonio —también se habla, con una expresión todavía más horrible, del «débito matrimonial»— al acto sexual en una situación de expectación angustiosa, aunque no sea más que porque no desca tener descendencia hasta que no termine de «poner

su casa» —y he estado a punto de referirme al nido, lo que hubiera sido una cursilería si el lector no iba, conmigo, hacia el mundo de las aves—. Cuando falla por primera vez el método de Ogino, la relación se dificulta aún más, y al tercer o cuarto fallo entra en un estado de expectación sobresaltada que no tiene más solución, casi siempre, que la que brinda la patología psicósomática. Se comprende que esa tensión la impida una entrega real y completa. Por fin, el libro de Ogino termina olvidado en el discreto rincón donde se había colocado, aun antes de nacer los hijos, en previsión de las hipotéticas apetencias culturales de los niños «sin la necesaria formación», y se recurre a Onán, mientras se espera el climaterio como una liberación. Es entonces cuando muchas mujeres, libres de tensión, conocen por primera vez lo que hasta entonces había sido un presentimiento inefable.

Haría mal quien estuviera pensando ahora en el egoísmo del hombre casado. Su recurso final, el apuntado por Onán, único método que no requiere muchas explicaciones para ser comprendido y que no exija el concurso de procedimientos físicos o químicos, es destructor. Como, por otra parte, virilidad y frecuencia de ejecución del acto son, para él, sinónimos, termina convirtiéndose, él mismo y para sí, en un infierno lo que en principio era una función noble, en su doble vertiente de expansión individual y de la especie. Eso, cuando no se ve abocado a las restricciones que le impone su mujer, y que él percibe de una forma mucho más convincente que las de los grupos de presión marcusianos. La mujer sabe que el hombre necesita su cuerpo, y le administra. La ayuda en la administración el método de Ogino también. Pero todo esto de someter el amor a limitaciones temporales, de encerrar en límites de circunspección lo que es la culminación natural de una cierta tensión somática y espiritual, no engaña a nadie. Eso, de amor, sólo tiene la apariencia.

El derecho de la mujer a la satisfacción se está haciendo cada día más evidente en otras latitudes, al poderse regular la fecundación por medios hormonales. Desde luego, el orgasmo es tan necesario para el equilibrio total de la mujer como para el hombre. Se puede excluir en su totalidad el amor humano, completo, de la vida de una persona, como en la sublimación, pero lo que no se puede hacer sin daño es excluirle parcialmente en algunas de sus facetas. La vida sexual compromete la existencia entera del hombre, y no es ni sólo fecundación ni sólo placer. Hay una cierta resistencia de la mujer a eli-

minar el riesgo de la fecundación, condicionada por la educación religiosa, pero ya está ocurriendo en otros sitios, y lo veremos nosotros, que es el hombre quien, en definitiva, se opone a la infecundidad de la mujer y prefiere incluso someterse a una intervención quirúrgica, problemática e irremediable, para ser el infecundo. La razón de esto es que la fecundidad de la mujer sirve, en cierto modo, de garantía de su fidelidad. La fidelidad que, en definitiva, no necesita reglas: no hay fidelidad mayor ni más segura que el propio amor, pero cuando todo se falsea y la relación es puramente contractual, epidérmica, física, la infidelidad —o el divorcio— es un acto puramente humano.

Nuestros hombres solteros oscilan entre la autosatisfacción regresiva y la heterosexualidad itinerante, no desprovista de un cierto carácter épico y azaroso. La relación sexual pretendida, y generalmente hipotética, resulta ser un gran incentivo de la imaginación y de la creatividad legendaria y mítica. Eso hace que sus conversaciones sean apasionadas, aunque ligeramente monolematas. En un alarde de dialéctica, se considera la cantidad como sustitutiva de la calidad, sueño donjuanístico de cientos de vírgenes, y en el mejor de los casos todo queda reducido a actos físicos, medibles, por la vía de apremio y, por supuesto, narrables. La soltería es, por lo general y salvo excepciones, que siempre las hay, una situación elegida a partir del miedo, miedo como responsabilidad, como destino. Realmente, no existe vocación de soltero. El matrimonio, que es la institucionalización del sexo, con sus múltiples implicaciones, se inscribe en la vía natural. La vocación religiosa es una llamada —«vocare»— que separa al individuo del camino dispuesto por la naturaleza y le conduce a otros fines, pero el hombre soltero y la mujer soltera, no siguen otras vías, están en la que conduce al matrimonio, sólo que para ellos es una vía parsimoniosa y prudente, o sosegadamente desesperante, vía frenada por antiguas y a veces inconscientes experiencias frustrantes y al fondo de la cual brilla, tenuemente, la temerosa esperanza de la relación heterosexual. En los hombres, pero no sólo en los solteros, sino también en los casados insatisfechos, ha tomado un cierto auge últimamente el mironismo-pornografía, exhibicionismo, etc. Pienso que es un fenómeno normal y muy primario. Es lamentable que aboque en la autosatisfacción, o que tenga que ser utilizado para estimular la física de la relación sexual, o que sea explotado como un paliativo. Lo sexual es esotérico, sagrado y misterioso, y todo

lo esotérico, sagrado y misterioso atrae fuertemente el interés humano, igual Eros que Tanatos: cuando la gente va por la calle y encuentra un muerto, va a verlo, pero no para ver nada nuevo, porque ya sabe lo que va a ver, sino por un impulso irrefrenable. Parece como si por ver la mirada del muerto, o la anatomía sexual o parasexual viva, se fuera a descubrir nada menos que el sentido de la vida.

Todo este panorama de fracasos del amor es revelador, como no podía ser menos, de la inautenticidad de la entrega. El hombre, que es pura materia por un extremo y puro espíritu por el otro, o ama como totalidad o se engaña. El problema puede enfocarse así: a partir de la soledad esencial del hombre. Hay una soledad física, una sensación de soledad, que es el estar solo, y un sentimiento de soledad, el sentirse solo. Cuando el hombre se va individualizando y va emergiendo del mundo informe de los primeros meses de vida, toma conciencia de sí mismo y de su individualidad, de que él es él y de que, le parezca bien o mal, se encuentra inmerso en un fenomenal problema, el de su vida, en el que no sabe exactamente cómo ha entrado, pero del que tiene que salir también solo, de una forma decididamente irremediable. Siente la soledad y eso le angustia. En la caricatura de lo normal que es la enfermedad, la angustia se hace consciente con frecuencia, la culpa algunas veces, pero la toma de conciencia de la propia soledad se acusa sin excepción de una manera atrozmente inquietante. Juega con dos monedas: la cara de una es la independencia, y el reverso, la soledad, y de la otra, la dependencia y el amor. Y elige su equilibrio. Cuando puede, cuando el niño se separa de la madre gateando, establece entre su madre y él un vacío —el primer vacío—, y para llenarlo recurre a otra forma de comunicación nueva, distinta de la que le había servido hasta entonces por el tacto, la mirada o el tono de voz de la madre. La nueva forma de comunicación también es aérea: la palabra. Gran invento la palabra. Hasta entonces no había secretos entre él y su madre: con su lenguaje preverbal su madre sabía si lloraba porque tenía hambre, dolor de oídos o mimo. Pero aparece la palabra y ya puede decir más cosas, ya puede comunicar con más precisión lo que quiere o lo que le ocurre. Sólo que también puede mentir: con la palabra aparece la posibilidad de engañar, de exagerar, de falsear el mensaje. La comunicación preverbal va a dejarle, sin embargo, y para el resto de su vida, una huella —inconsciente o no— y va a salir a

relucir como la parte más auténtica de nuestras relaciones con los demás. La mujer está más preparada para captar el lenguaje preverbal, sea madre o no, el lenguaje de la mirada, del gesto casi inapreciable o del tono de la voz, y en todo lo realmente importante, la palabra no será para ella más que un adjetivo. Esa es la intuición femenina.

Pero en el mundo extraño, oscuro y evanescente de la soledad íntima aparece un día el Otro, con una cualidad especial: como la posibilidad de ser penetrado espiritualmente y, al mismo tiempo, penetrar en nosotros rompiendo la costra de nuestra soledad. Eso es el amor, la capacidad de desprendernos de nuestro caparazón consciente, de nuestro yoísmo, y salvarnos de nuestra soledad mediante la entrega al Otro. Porque el amor es darse, más que recibir, sentir en uno mismo la capacidad de salirse hacia el otro; es por lo que se habla del amor de la madre al hijo como del más noble, ya que le da la vida. Cuando el hombre se apercebe de su soledad, habla del «*tedium vitae*», se da cuenta de la inanidad de su vida, y busca la identidad con el Otro —por la mirada, por todo lo que ya hemos precisado antes como lenguaje preverbal. Necesita salir de sí y de la mano del Otro afrontar sus grandes pánicos, sus telúricos espantos, sus cósmicos miedos. Acepta la agregación con los demás —la tribu donde ha nacido, su «*clan*», su suelo— y se religa a ellos. Cada época de la humanidad ha tenido su idea religante, y es curioso que ahora, cuando parece palidecer la idea de un Dios paternalista, la juventud se religue en el amor más que en el miedo o el odio. Cuando en la tribu surge el amor de dos, hay una conmoción, porque el enemigo principal de la tribu es la pareja: comienzo de nueva tribu, que en seguida se aleja y con el tiempo formará otro núcleo, tal vez enemigo. En todo caso, se rompe de alguna forma la religación colectiva, y surge el secreto de dos, y el entenderse en un nuevo idioma, por encima de las palabras, a veces sólo compuesto por la mirada. La segregación de la tribu es un lujo que no se puede permitir siempre, como en el caso de los pueblos asentados o que han elegido un terreno hostil, difícil, y entonces, entre las normas que regulan cualquier esbozo de rotura y división tribal, destacan las relativas al sexo con un vigor que es comprensible. Pero, en definitiva, la pareja surge, y se funde: en lo físico, mediante el orgasmo; en lo espiritual, mediante la compenetración esencial, y de dos soledades individuales, temblorosas, fundidas, brota una nueva soledad. La nueva soledad, materializada, es el hijo. ■ Dr. O.

el erotismo en la calle y alrededores

Por Gonzalo Torrente Ballester



No hay que hacerse ilusiones ni pensar que las cosas han cambiado. En el fondo, lo de hoy es lo mismo que lo de anteaer, etapas de un mismo proceso cuya reversibilidad pongo en duda. Las estructuras profundas del erotismo español permanecen inmutables. Quizá no pueda ser de otra manera, al menos mientras la remoción no sea más radical. Y ésta no se vislumbra por ninguna parte. Pensar que estamos en los umbrales de un mundo nuevo es una de las muchas especies que corren por ahí como verdades para

pasto de bobos o instrumento de cucos. Ni la fisión del átomo, ni las conmutadoras pueden cambiar al hombre más allá de la mera superficie. La única mutación real de que tenemos noticias —más conjetura que experiencia— hay que situarla hacia los días del neolítico. Desde entonces acá, lo que ha cambiado son las modas. Y la de ahora es el erotismo sin recato, que no es un fenómeno espontáneo, sino calculado y explotado. Bien, ¿Cuánto durará? ¿Y qué vendrá después? Todo es posible y todo es imprevisible. La Historia dirigi-

«También contra estas parejas, clientes del parque del Oeste o de la Ciudad Universitaria, se ejerció la persecución...».